Esto dicho pudiera bastar para conocer que aunque Dios no ha menester casa, por ser inmenso e infinito que no cabe en lugar y que para sus santos es la mejor y más estimada su divina visión y presencia; pero porque no sólo ha querido usar de este modo dicho, sino que en la tierra ha querido elegir lugar como fue el de su templo salomónico y otros muchos, que por excusar prolijidad no cuento, y por consiguiente manera sus ángeles, como el de San Miguel en el Monte Gargano; de su madre santísima, como el de Santa María la Mayor en Roma, en tiempo del papa Tiberio, en el lugar que apareció nevado, y de sus santos, como Santiago de Galicia, en España y otros diversos que por la razón dicha callo, quiere que en esta ciudad se le conozca casa propria al santísimo Diego, fraile humilde del número y compañía de los menores y así le ha ilustrado en él como en particular asiento donde le ha querido dar casa y botica de espirituales medicinas, que lo son las aguas de aquel pozo; y son tantas las que sacan que la víspera y día siguiente de su fiesta pasan de veinte y más arrobas de agua, y mientras más sacan más va ofreciendo y no sólo este día, pero en muchos del año van por ella de diversas partes, la cual llevan con mucha devoción para remedio (como se ha dicho) de sus enfermedades.

En medio del patio y junto al pozo levantaron una cruz de madera, la cual todos los días de su fiesta y el día antes, desde las vísperas, hacía sus movimientos, en modo de cruz, inclinándose ella sola hacia el oriente primero, y luego hacia el poniente y luego hacia el mediodía y últimamente hacia el norte o septentrión y esto de manera que todos los presentes lo veían, y admirados del caso y dudando no fuese antojo o engaño de la fantasía o viento que pudiese moverla, la quitaron a cabo de algunos años y pusieron en su lugar otra de piedra, la cual hacía el mismo movimiento que la primera, en los días dichos; y porque parece de grandísimo espanto un milagro tan ordinario, doy por testigos a todos los que los días de San Diego están en la dicha ciudad y ermita, los cuales lo han visto y ven, y ellos mismos lo atestiguan y son tantos que no tienen número.

CAPÍTULO XXI. *De la poblazón de Tepeacac y de otras muchas poblazones que había en esta tierra cuando los españoles entraron*

A CIUDAD DE TEPEACAC, que está seis leguas de la de los Ángeles al oriente en contra de esta ciudad, era en número de gente muy famosa. Tenía más de treinta mil vecinos y lo es ahora de labranzas, porque se cogen en sus tierras y otras convecinas más de cien mil fanegas de trigo, sin otras tantas y más de maíz y es una de las mejores que hoy se conocen en la tierra. Otros pueblos había y hay que van entrando por aquella parte al reino y gobernación de Guatemala, como son la ciudad de Hua-

xacac, que lo es ahora de españoles, la de Chiapa de los Indios, Chiapa de los Españoles, Tecuantepec y otras muchas, sin villas y aldeas que son sin número.

De estotra parte del volcán y cuatro leguas de Mexico, a la parte del mediodía, está la ciudad de Xuchimilco, una muy hermosa y populosa ciudad, la poblazón de Chalco, Tlalmanalco y Amaquemecan, que con sus lugares y aldeas tenían más de treinta mil vecinos. La provincia de Otumpa, que era su gente sin número, que cae de Mexico ocho leguas hacia el norte. Adelante de ésta diez leguas, Tullanzinco y otros grandísimos pueblos. Corría la provincia y señoría de los totonacas hacia el oriente, en contra de este gran pueblo de Tullanzinco. Era su gente infinita (como decimos en su lugar). La provincia de Metztitlan, a la del norte con otros señoríos y pueblos grandísimos, hasta dar a la provincia de Panuco, llamado por otro nombre Huaxteca, donde ha habido muchedumbre de chichimecas, gente caribe y brava, que han dado guerra continua a los nuestros.

Junto a Mexico y una legua, la ciudad de Tlacupa, cabeza del reino de los tepanecas. A la parte del norte, que corresponde a Tlacupa, la de Azcaputzalco, otra legua y dos de Mexico. Luego sigue, otras dos adelante, la gran poblazón de Cuauhtitlan; y casi comienza allí la grandísima provincia o reino de los otomíes, que coge a Tepexic, Tula, Xilotepec, cabeza de este reino, Chiapa, Xiquipilco, Atocpan y Queretaro, en cuyo medio de estos pueblos referidos hay otros inumerables, porque lo eran sus gentes y distintas de los mexicanos.

A la parte de Mexico, al mediodía, está la ciudad de Itztapalapan cuyo señor, cuando entraron los españoles, era Cuitlahuatzin y fue elegido por emperador en la muerte que dieron entre los nuestros a Motecuhzuma, en la ciudad de Mexico (como decimos en el libro de la conquista). Una legua de ésta cae la de Huitzilopochco y junto a ésta la de Coyohuacan, pasadas las sierras que distan de Mexico cuatro o seis leguas. Por la parte del poniente entra el valle que llaman de Tulocan, villa del marqués del Valle; tenía y tiene, en su contorno y comarca muchísimas villas y aldeas, así matlatzincas como mazahuas. Corriendo adelante, hacia el poniente, entra el reino de Mechuacan, Pazquaro, Guayangareo, Tzintzontzan y otros sin cuento, tierra apacible, como dejamos dicho, que son los que llaman tarascos; era en su gentilidad de los más populosos y llenos de gente, de cuantos se pueden decir. De éste corre el de Jalisco o de Galicia, que incluye no menos pueblos y gente que los referidos. Está la ciudad de Guadalajara, donde asiste la Audiencia Real; luego, desde ésta, corriendo hacia el norte, entran aquellas famosas minas que llaman las Zacatecas, que tanto han enriquecido al mundo; no era muy poblada de gente, porque los que las habitaban eran caribes y como gitanos en su manera de vivir, manteniéndose de caza usando de arco y flechas y no tenían lugar conocido (ni le tienen los que de éstos han quedado) pero duermen donde les coge la noche.

Pasa adelante la tierra y corre por aquella parte la gobernación de la Nueva Vizcaya, que incluye grandísima tierra, aunque poco poblada por

ser la gente que la habita de la condición de la ya refrida de Zacatecas; pero tenía grandísimo gentío y ahora le tiene por montes, valles, riscos y quebradas. De aquí se da en las poblaciones que llaman de Cibola, Pataragüeyes y Nuevo Mexico, como se verá en su lugar, porque le tendrán proprio en esta historia.

Por estotra parte del mediod,a que corresponde a Mexico, entra el marquesado, cuya cabeza es Quauhnahuac, doce leguas de la dicha ciudad de Mexico, pasadas las sierras que la dividen, gente nahuatl y era de grandísimo gentío y la tierra caliente, y muy deleitosa donde se dan mil géneros de frutas, así de la tierra como de Castilla. Pasando adelante están los yopes, nación muy grande. Entran adelante y casi pegados a la Mar del Sur los cuytlatecas, provincia que corre de oriente a poniente, más de ochenta leguas, cuyos pueblos fueron muchos y de mucha gente, entre los cuales hubo uno que se tenía por cabeza de los otros, que testifican tener en su gentilidad más de ciento y cincuenta mil vecinos y después que lo mudaron los nuestros de su sitio, dos leguas más abajo de la sierra donde estaba (aunque también era sierra), disminuyó en tanto extremo que no quedaron en él mil vecinos y ahora debe de tener ciento, éste se llama Mexcaltepec.

De estas ciudades que arriba hemos nombrado había algunas de diez mil y otras de quince mil y más y menos vecinos, y las que llamamos villas y aldeas eran las que menos tenían de a mil vecinos y si alguna había de menos gente era muy singular y rara y no sé si la había. Eran los edificios de los templos de estas ciudades muy señalados y no menos los de las casas de los señores, en especial el de las casas del señor de Itztapalapan, que (como dijimos) era hermano del emperador Motecuhzuma, cuya ciudad en sus dos partes estaba fundada en la laguna. Eran (como decimos) sus palacios muy de ver, tenían grandes salas y aposentos altos y bajos, todos de cantería y carpintería, con las vigas de cedro blanco muy bien labradas; tenía cuartos y patios muy espaciosos y grandes. En éstos se aposentó Cortés y toda su gente, que fueron cuatrocientos hombres con sus caballos e infinitos indios que llevaba de servicio y otra gente y de los amigos de Tlaxcallan y otras partes que los acompañaban. Tenía unos jardines fresquísimos, llenos de árboles y flores odoríferas, con sus cercados y calles de carrizo muy curiosamente labrados. Tenía estanques de agua dulce y una huerta grande, llena de frutales. Tenía una alberca de cal y canto, de cuatrocientos pasos en cuadro y mil y seiscientos en torno, con sus escalones hasta el agua y del agua hasta el suelo. Había en ella mucho pescado y acudían a ella muchas garcetas y otras aves de agua.